

"Prohibido Gardel", catarsis por el humor

por Malkah RABELL

La Compañía el Galpón, para el aniversario de sus 29 años de existencia, presenta una corta temporada con cuatro obras de su repertorio, en el teatro del Bosque, gentilmente cedido por el Instituto Nacional de Bellas Artes. Su primer espectáculo fue **Prohibido Gardel**, que la compañía ya había presentado hace unos meses en una sola oportunidad antes de salir de gira. En la anterior ocasión, el público llenaba de tal manera la sala, con gente sentada en las escaleras, en el suelo y en los pasillos, que de tal manera tomaba parte en el espectáculo, con su emoción y su entusiasmo, aplaudiendo con una comprensión especial para los mensajes, viendo, o de pie en los pasajes apropiados, que nos recordó aquella inolvidable época cuando al país llegaron los exiliados españoles, hace unos 40 años. Un público que aunaba en fraternal convivencia a los recién llegados del Cono Sur de América y a sus amigos mexicanos, a intelectuales, obreros, estudiantes y artistas. Un público que hacía parte de la representación

y le daba a ésta un cariz muy especial.

Con un público más reducido, pero con igual entusiasmo, la función de viernes 25, resultaba más clara y fácil de captar como teatro. A este **Prohibido Gardel**, del autor argentino residente en México, Pedro Orgambile, el Galpón lo llama: "Sainete musical, con variaciones sobre tangos prohibidos por el gobierno uruguayo". En realidad es un "collage" de tangos y composiciones musicales de Rodolfo de Castro, que las ejecutaba en su guitarra; de prosa y verso; de proyecciones fotográficas actuales y mensajes políticos. Todo ello ligado por un leve hilo argumental basado en los tangos cantados por la voz de Gardel. Y más allá de Gardel, la palabra: "prohibido... prohibido... prohibido", repetida en diversos tonos y en diversos momentos, creaba como un telón de fondo. Algo así como el "Schtrenge Farboten" de los alemanes nazis. **Prohibido Gardel** un sainete modernizado por el "collage" de diversos elementos, con el cual el grupo uruguayo trataba de reirse de sus penas, de consolarse y enfrentar con

humor la tragedia que atraviesa su país y que han de sufrir sus compatriotas ya en su tierra, ya fuera de ella, en la "diáspora"; porque es difícil desligarse de la patria, de los amigos y de los amores. **Prohibido Gardel** es como una catarsis, como una especie de purificación emocional, eliminación de la angustia y del miedo ante el enemigo. Lo más sano e inteligente es reirse hasta de sí mismo, y sobre todo del enemigo. Los antifascistas alemanes en el exilio habían aprendido hasta en los momentos más duros a reirse de Hitler y de sus secuaces, aprendiendo a crear caricaturas y bromas y burlas con las cuales se consolaban de sus penas y adquirirían la fuerza para resistir. Esa broma, esa burla, con las cuales el Galpón responde a policías, censores, represores, oligarcas y militares, es su manera de luchar con las armas que son suyas: el teatro. Y "mientras se lucha, se sigue vivo", como dice la florista Lulú. Y reirse desde el escenario es tal vez valentía más sana, actitud más heroica que lamentarse.

Bajo la dirección de César Campodónico, esta especie de revista política, que reunía las más diversas figuras de la vida nacional de su país, como de la vida porteña de la otra orilla del Plata, daba la oportunidad al numeroso conjunto a crear sin máscaras y sin trajes complicados, con el mínimo de elementos escénicos, a veces apenas simbólicos, una compleja gama de personajes. Todo el conjunto vibraba, se desdoblaba, actuaba, cantaba, bailaba, recitaba, y con mucho temperamento y gran espontaneidad se entregaba a la multiplicidad de sus papeles. Hasta Juan Ribeiro, que por lo general tiene tendencia a la sobreactuación, encontró en la figura del "viejo censor" a un protagonista a su medida, donde se mostró estupendo; en ese titere, a quien mueven hilos invisibles, y quien al perder la movilidad de los alambres se desmorona, llevó sus características "marionetísticas" no sólo al plano moral, sino físico. En otro extremo, Blas Graidot, como el "oficinista" —una de sus tantas figuras— dio una emocionante presencia dramática de pobre diablo, más lastimero que ridículo. Imposible mencionar a todos, por temor de equivocarse de nombre con tal cantidad de personajes. Aunque todavía hay muchos a quienes me gustaría felicitar en especial.

Espectáculo vivo, espontáneo, con esta espontaneidad del actor que vive su tierra y la hace carne de su carne. Espectáculo de una gran riqueza plástica, de mucho colorido, entusiasmaba con su doble valor, como mensaje y como creación artística.